

LA ONU ESTRENA SECRETA

¿Para qué sirve un secretario general de la ONU? La pregunta podría hacerse más inquietante elevando su formulación: ¿Para qué sirve la ONU? Es una pregunta de cierta actualidad. La ONU atraviesa una «crisis de credibilidad», como se dice en el nuevo lenguaje, como le pasa tras cada golpe fallido, y el del conflicto India-Pakistán ha sido uno, mientras están latentes todos los anteriores. Claro, que la pregunta de «¿Para qué sirve la ONU?» no debe plantearse de una manera ideal comparando sus posibilidades con los objetivos que se planteó, sino con otra pregunta más difícil de responder: ¿Qué hubiese pasado en el mundo si no hubiera existido la ONU? La respuesta sólo puede ser especulativa y sin verdadero valor real...

De una manera impensada, la ONU se ha ido reflejando en el rostro y la personalidad de su secretario general. Parece que vivimos todavía en la época de los hombres fundamentales, y la humanidad quiere poner nombres propios a las instituciones. Probablemente, el culto a la personalidad del secretario general de las Naciones Unidas se deba en gran parte al sacrificio de Dag Hammarskjöld, muerto en el Congo en 1961, cuando trataba de procurar la paz en la disputada zona africana, y a la leyenda de que su avión no cayó por accidente, sino por sabotaje —¿leyenda o realidad?— de los partidarios de Chomé. Pero los diez años de ejercicio de U Thant han marcado un rostro y un carácter. Un rostro eternamente acongojado, un carácter pesimista. La política de Thant durante estos dos lustros ha sido la de la advertencia continua de que la paz mundial está en peligro, lo cual le llevó rápidamente a la popularidad, porque el pesimismo, en estos tiempos, es siempre popular. Contrasta con los grandes discursos triunfalistas de los dirigentes del mundo y ofrece, por ese contraste, un aspecto de mayor realismo, aunque falle. Las profecías de U Thant han fallado, felizmente, una y otra vez, pero su propio pesimismo le ha llevado a la dimisión. Una dimisión temida, porque U Thant no molestaba realmente a nadie por su actuación, que era siempre moderada, mucho más moderada que sus palabras. Y porque abría el abismo de la sucesión.

Un rostro vacío

Surge ahora un rostro vacío, el de Kurt Waldheim. La política interior de Austria ha interesado poco en el mundo: país pequeño, neutral, discreto, con una nueva vocación de «suizismo», con partidos moderados que se turnan en el poder. Waldheim se ha movido dentro de esta política sorda, y sus actuaciones en el exterior han sido las del diplomático clásico de otros tiempos: la de no llamar la aten-

ción. La misma definición que hacía él del cargo de secretario general de la ONU el verano pasado, cuando nadie sospechaba que podría ser secretario general —¿o ya lo sospechaba él mismo?—, responde a esa misma modestia: «Debe ser un honesto funcionario, perteneciente, si es posible, a un país neutro. Debe ser conocido dentro de las Naciones Unidas y poseer una gran experiencia administrativa». Estaba haciendo su retrato, al decir de quienes le conocen. Acababa de perder una oportunidad y quizá estaba soñando con otra. La oportunidad perdida era la del cargo de Presidente de la República de su país, a cuyas elecciones —abril de 1971— se había presentado como candidato —conservador— en nombre del partido populista, o sea, la democracia cristiana, pero en las que fue elegido el Presidente saliente, Franz Joseph.

Estas condiciones de personalidad escasa —en lo aparente— han sido las que han podido determinar su elección. Para resolver las disparidades entre los grandes hacía falta un «outsider». China y los Estados Unidos aparecieron, una vez más, juntos en la votación, a favor del finlandés Max Jakobson, que tuvo el apoyo británico. Pero a los franceses no les gustaba demasiado, o quizá quisieron hacer causa común con los soviéticos, los cuales consideraban a Jakobson como enemigo declarado por ser autor de un libro sobre la guerra ruso-finlandesa en la que se mostraba abiertamente hostil a los rusos... Por otra parte, es judío, y un secretario general de la ONU judío tendría una grave oposición en el grupo árabe y sería siempre sospechoso de favorecer a Israel. Transcurrieron por la votación otros nombres —Gunnar Jarring, el argentino Carlos Ortiz de Rocas—; vetos y desacuerdos se sucedieron hasta que apareció el nombre de Waldheim. Los más sutiles observadores dicen que desde el principio éste era al candidato soviético, pero que el delegado de la URSS dejó que lo emitiesen otros...

«Honesto funcionario»

La definición de Waldheim de lo que debe ser un secretario general concuerda con su propio retrato. Pero, ¿es ésta la definición válida? ¿Es un «honesto funcionario» lo que necesita la ONU? U Thant, sin duda, lo era. Quizá sus diez años de función han ayudado a definir el cargo, y lo que se ha buscado es un segundo U Thant. Se ha buscado, también, el opuesto de lo que fue el primer secretario general, Trygve Lie: un activista, un hombre que pretendió gobernar el mundo y que se atrajo la enemistad de todos: la del bloque comunista, por su apoyo a la intervención militar en Corea de acuerdo con los propósitos



U Thant.

de los Estados Unidos; la de Estados Unidos por su incómoda insistencia en que China comunista debía sustituir a Formosa en la ONU. Un destino semejante —cortado, como dijimos, por la muerte violenta— fue el de Hammarskjöld, que realizaba sus operaciones de pacificación mediante la intervención de los «casos azules» —en Egipto, en el Congo—. Los «grandes» prefieren al honesto funcionario.

Pero los pequeños, no. Las naciones menores parecerían desear un secretario general que con las condiciones de neutralidad que quiso tener U Thant sepa dirigir las resoluciones y las discusiones de la ONU hacia una especie de defensa del mundo unido frente a la creciente unidad de los «grandes». Todos los grandes entendimientos de los últimos años se han realizado por negociación directa entre Estados Unidos y la URSS —la no-proliferación, las conversaciones SALT, el teléfono rojo—, y quizá vayan a realizarse ahora entre los dos citados y China, pero siempre fuera de la ONU, y por lo tanto imponiendo sus resultados a los de

más países —aunque cada cabeza de bloque pretenda que consulta con sus aliados, como está haciendo ahora Nixon en sus conferencias lejos de Washington, para dar señal de mayor neutralidad e igualdad entre partes negociantes, con Pompidou, Heath, Brandt, Eisaku Sato—. Un secretario general sería aquel que hiciera un esfuerzo centripeto y volviera a llevar el centro de las decisiones a la ONU —o lo llevara por primera vez—, de forma que fuera primordialmente su Asamblea General y sus distintas comisiones y organismos los que tuvieran la facultad real de zanjar los grandes problemas. Waldheim no es ese hombre.

La «troika» imposible

Pero, ¿existe ese hombre? Hubo un momento —cuando U Thant lanzó ya sus primeros deseos de dimisión— en el que se pensó que la solución era la «troika». Es decir, tres secretarios generales que representarían cada uno un bloque

RIO GENERAL



Kurt Waldheim.

—el capitalista u occidental, el comunista o del Este, y el neutralista—, pero pronto se vio que esa solución sería contraproducente: terminaría por producir una parálisis en el seno de la Secretaría General, que pasaría a ser un organismo tan paralizado como lo es ya el Consejo de Seguridad, tan deliberante sin resoluciones como lo es la Asamblea General. Para que un secretario general consiguiera quitar sus privilegios a los «grandes», tendrían éstos que comenzar por desear perderlos, y eso está muy lejos de suceder.

En realidad, el problema actual de las Naciones Unidas no es el de quién ocupa el puesto de secretario general, sino el de una reforma completa y amplia. Se ha hablado mucho de ella, incluso se ha modificado la estructura del Consejo de Seguridad. Hay propuestas de eminentes especialistas de Derecho Internacional, de administrativistas de primera fila en el mundo. Se ha hablado de soluciones aristocráticas (que no todos los votos tengan el mismo valor, sino que estén en función del número de habitantes que

cada país representa) y de soluciones democráticas (que los «grandes» no tengan derecho de veto ni asiento permanente en el Consejo de Seguridad, sino que tengan un turno y un voto como todos los demás); se han propuesto soluciones geográficas del traslado de la ONU a un país realmente neutral, y de soluciones militares (que disponga de un ejército del que los «casos azules» fueran un aborto) para imponer sus resoluciones... Soluciones meramente utópicas.

Pero su crisis y su falta de salidas reales no quieren decir que nadie sea partidario de matar la ONU, como se mató a su importante predecesora, la Sociedad de Naciones de Ginebra. Se la considera un mal menor. Su carácter parlamentario, si no ejecutivo, hace que los problemas, por lo menos, se aireen, se conozcan, y que todas las naciones puedan expresar sus puntos de vista. A la especulativa pregunta antes mencionada de: ¿Cómo habría sido el mundo sin la ONU?, la enorme mayoría de las personas creen que hubiera sido mucho peor... ■
JUAN ALDEBARAN.

